

RODO Y LA DEMOCRACIA *

El tono de adolescente frescura de Ariel ha inducido a los glosadores a encarecer sobremanera su optimismo. Optimismo que no es un fácil contentamiento del presente. Inadaptados a la hora presente son siempre los descubridores de tierras de ilusión y de utopía, espíritus emigrantes hacia países cuyas quiméricas geografías fantasean la esperanza y la nostalgia. Vagamente columbrado por mares serenos, a la lumbre dorada de un crepúsculo que deforma poéticamente los contornos de las cosas reales, se arropa en brumas lejanas el mágico reino de Próspero; sentado al timón de la barca viajera, desplegadas las alas como un vivo velamen al manso viento, va el Ariel que Shakespeare evocó de la región de los símbolos, que Renán amó, que guió a Shelley en su viaje postrero:

¡Oh lontana a le vie dei duri mortali travagli
Isola de le belle, Isola degli eroi
Isola dei poeti!...

La conquista de esa tierra prometida es el secreto del porvenir.

Ariel nace de un movimiento de inquietud. "Es el fruto de una angustia", dice Zaldumbide. Lector solitario y contemplativo, Rodó sintió ofendidos sus instintos de orden por el contacto con la democracia

* *La Nación* Buenos Aires, domingo 10 de enero y 21 de febrero de 1926

inorgánica, u organizada en forma incipiente, del medio en que nació, de Hispano-América. La democracia, tal como es concebida y realizada en el presente de esos pueblos no satisfizo ni su concepción de la justicia, ni su idea de la armonía social. Sintió rozados al mismo tiempo su exigente conciencia moral y su delicado instinto estético. Al hablar al grupo restrictivo de oyentes a quienes adoctrina y alienta para que entren con paso firme y elástico de atletas jóvenes a participar de las luchas de la vida, estimula y exalta energías y suena el toque de alarma contra inminentes peligros. La venturosa luz de la mañana ríe en los horizontes: la vida es amplia y promisoria, pensamiento y acción, poesía y realidad, materia que florece en espíritu. Contemplando al grupo juvenil Próspero siente el torcedor de la duda al meditar cuán difícil les será salvar de la áspera refriega ese ensueño armonioso de vida integral. Piensa que, mal concebidas, las dos obreras que generan las condiciones de la existencia presente, la democracia y la ciencia, fomentan y difunden una concepción rastrera y sofocante del destino humano, de la que deberán ellos defenderse. El bajo positivismo de las cátedras y los libros secundarios cede ya ante un idealismo renaciente, un neoidealismo, henchido de frescas y más ricas sustancias; las verdades de la nueva ciencia no serán celdas de prisión para las almas ávidas de infinito, temblorosas ante el enigma supremo de la vida. Pesa también sobre la democracia la acusación de extender una concepción mezquina, torpemente utilitaria del destino de los individuos y de las sociedades, de propender a crear un medio social gris y monótono. Una primera mirada dirigida a la sociedad mo-

derna, hija de la democracia, parecele confirmar el pronóstico. El fenómeno universal de la democracia, creciendo en el mundo como una marea obediente a astrales mandatos, se impone a las meditaciones de pensadores y hombres de acción. Ella se dilata y avanza con irresistible empuje; pero, en tanto, se propaga paralelamente y reina en elevadas cumbres del espíritu un sentimiento de "extrañeza", cuando no de desvío. Un pensamiento crítico vela encendido en muchas de las almas selectas, poetas, hombres de ciencia, que integran la conciencia vigilante del siglo XIX. Pensadores de muy diversas filiaciones emprenden el análisis severo de las ideas democráticas; en regiones antípodas se pregona su fracaso total o se anhela una depuración progresiva que la salve de los peligros de la degeneración demagógica. Enumera Rodó algunas críticas: la que surge del idealismo alemán, rectificador de la tendencia igualitaria y niveladora de la filosofía de la revolución; la que inspira el panegírico del héroe, numen y árbitro de la historia, que predicaron Carlyle y Emerson; la que lleva implícita el individualismo de Ibsen y la que tiene violenta, exasperada expresión en el verbo de Nietzsche, encrespado contra los predicadores de la igualdad, las tarántulas ebrias de secretas venganzas a las que Zaratustra escupe su desprecio; el proceso de la realidad democrática que en libros diversos, lo mismo en los "Diálogos" y "Dramas", en que se complace en hacer fosforecer las más brillantes paradojas, que en la "Reforma" monárquica y prusianizante de su vejez, instaura el inasible, ondulante y proteico pensamiento de Renán; la revisión pesimista y amarga de la historia revolucionaria y del génesis de la sociedad moderna que

Taine opone desde el campo positivista al misticismo democrático de Michelet y de Lamartine; el triunfo de la idea de selección en las ciencias naturales y su repercusión en las ciencias morales; la repulsión de la mediocridad burguesa que inspira a artistas como Flaubert y a escuelas como el Parnaso... "El anhelo vivísimo por una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la heroicidad y del pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia vibra hoy por todas partes y se diría que constituye uno de los fundamentales acordes que este ocaso de siglo propone para las armonías que han de componer el siglo venidero." En nuestros días hemos visto extremarse y precipitarse tumultuosamente esa corriente negativa de la democracia que Rodó señala. Y, cuando la catástrofe de la guerra conmovió hasta sus cimientos a los pueblos, abriendo el paso a movimientos de reacción, y sonaron a rebato las campanas que convocaban al asalto de los baluartes de la democracia, un sentimiento muy difundido de laxitud, de fatiga, de escepticismo, debilitó los núcleos dirigentes de la defensa asediados por las legiones que tremolaban la bandera negra del fascismo o la enseña roja del proletariado. En las derechas y en las izquierdas hay quienes, por contradictorios motivos, piensan como Maurras: "la democracia es el mal; la democracia es la muerte".

La democracia es para Rodó un espíritu de vida. Recuerda que es hijo de un pueblo, y de un continente en el que la idea democrática fulge como ideal inspirador, estrella lejana, pero siempre estrella guía-dora, desde el alborar de la conciencia colectiva. Rechaza las enseñanzas de sus maestros en cuanto

pueden negar la verdad y la eficacia esenciales de esa concepción que circula en nuestro espíritu como la sangre en nuestras arterias; pero no oculta, sino que se apresura a reconocer las imperfecciones de las formas que actualmente reviste y quiere preservarnos de los peligros que dimanar del fermento de levadura demagógica que toda democracia lleva entrañada. La igualdad concíbela como una sana y vital norma de derecho político siempre que no sea predicada para justificar la nivelación por lo bajo, siempre que no disimule el culto de lo plebeyo y lo inferior, sino que implique una general y cada día más extendida aspiración hacia lo elevado y noble y perfecto. Para él, como para Ortega y Gasset, democracia y plebeyismo no son sinónimos. Obsesional la necesidad de crear ambiente propicio para el florecimiento de una civilización en la que sean consagradas por el libérrimo voto de la opinión, las jerarquías legítimas de influencia moral, sucedáneas de las antiguas aristocracias cuyo derrocamiento mandó una sentencia justiciera del tiempo. Admite un elemento aristocrático, una distinción de calidad resuelta "a favor de las calidades realmente superiores — las de la virtud, el carácter, el espíritu — y sin pretender inmovilizarlas en clases mantenidas aparte de las otras, que mantengan en su favor el privilegio execrable de la casta, renueva la aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar por la justicia y el amor". La moral cristiana, por la que cualquier superioridad debe soportar un lote de deberes, tanto mayores y más arduos cuanto ella sea más encumbrada; el espíritu científico, que realza el valor de la colaboración de los desconocidos y de los humildes en toda obra humana gloriosa, trazan de consuno un límite a esa idea de aristocracia.

Así plantea y resuelve Rodó lo que Augusto Comte, cuya crítica disolvente de los principios del 89 invoca, llamó la "inmesa cuestión del orden". En su libro "Políticos y moralistas del siglo XIX", instructivo capítulo de una vasta encuesta sobre las corrientes del pensamiento moderno, Emilio Faguet ha destacado esta convicción como preocupación dominante de un grupo de pensadores de discrepante doctrina: es urgente la creación — algunos dicen restauración — de un poder espiritual. No es otra la convicción de Rodó. Un conglomerado podrá ser la materia de un pueblo; falta el alma. Muchedumbre sin ideales, pedestal de tiranías, mansas o violentas o acaso sangrientas, pero siempre negadoras de la verdadera libertad y de la verdadera democracia. Instituciones democráticas sin pueblo consciente que les infunda hábito vital ¿qué otra cosa sino formas huecas, estructuras vacías, letra muerta? Una civilización es una armonía regida por un principio espiritual; aun después de desvanecida, disipada en humo su material grandeza, algo de la luz y del calor de llama de ese principio espiritual queda vibrando y se transmite a las generaciones venideras. Es en la escuela donde se forja la democracia del porvenir; "es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objeto de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales". He ahí el mismo rumbo general que

marcaron desde los comienzos de nuestra organización, los educadores que acudieron en demanda de luces y consejos a todos los pueblos y particularmente, en lo que a la escuela toca, a aquella democracia del Norte que ha sabido hacer de ella "el quicio más seguro de su prosperidad y del alma del niño la más cuidada de las cosas leves y preciosas". Para un espíritu como el de Rodó la cuestión de las formas políticas, de las estructuras, no es la más absorbente. Quiere la democracia porque realizada en justicia y armonía favorece más que ningún otro régimen la espontánea y varia germinación y expansión de las superioridades espirituales y morales que coronan una civilización. Su obra de carácter será consagrada a educar la minoría intelectual de futuros conductores sociales, representada en el corro de oyentes agrupados en torno de la cátedra de Próspero. Proteo, ensayo sobre las vocaciones, nace de Ariel. Los dos libros doctrinarios de Rodó son engendrados por la misma preocupación pedagógica.

No hay orden sin jerarquía, ni jerarquía sin autoridad que la sancione y defienda. El pensamiento de Rodó se esfuma envuelto en nieblas, impreciso y vago. Espera que la inteligencia impondrá por su propia virtud su soberanía ordenadora a las fuerzas ciegas y desencadenadas que se revuelven en el mundo: apetitos de animalidad, corrientes subterráneas y temerosas de los instintos, codicias brutales, fuerza de la materia rebelde... la ascensión humana trazará la curva del vuelo de Ariel. Al son de su música, como en el mito antiguo, se erigirán los muros de la ciudad futura. ¡Sueño de poeta! Algunos años, muy pocos años más tarde, habiendo vivido — y sufrido — algo

más la vida, Rodó vio alzarse ante su paso el rojo espectro del jacobinismo; bajó a la palestra armado caballero de la libertad y de la tolerancia. Entonces, como en este libro inicial, su pensamiento se concentró en esa aspiración: educar, instruir al pueblo. Pero el porvenir no le pareció ya tan despejado y claro, bañado en luz rosada de aurora. Acaso, pensó, entonces, acaso es fatal que el reino superior del espíritu sólo sea accesible a una minoría; tal vez el modo como la anónima mayoría podrá siempre colaborar en la obra de la historia será siempre tan sólo el rapto de pasión tumultuosa e irrefrenable, semejante a la alucinación o la obsesión del genio. "El día en que intelectualizásemos al pueblo, para que su pensamiento fuera real y verdaderamente libre; el día en que lográramos darle la aptitud de comparar y analizar, ¿quién sabe, después de todo, si este don del análisis dejaría subsistir la virtud de su omnipotente entusiasmo?" La página final de este escrito polémico plantea una duda dolorosa: viendo crecer la presión avasalladora de la voluntad y del interés colectivos, abre Rodó el corazón a un aciago presagio y se pregunta si no concluirá por inmolar y sacrificar la libertad del pensamiento individual, instaurando la dictadura, sea de la multitud, sea de un César. Deposición del poder espiritual por la democracia degenerada enemiga de la libertad. El hombre democrático engendrando al hombre tiránico, como auguró Platón en el diálogo de la República, en que asesta contra la democracia los más sutiles y vibradores dardos de su ironía. No serán, entonces, dice Rodó, las mayorías opresoras depositarias de la verdad y de la esperanza; ellas arderán como lámparas votivas en los santuarios sellados de las conciencias libres.

Pero en esta hora matinal de Ariel tiene fe clara y plena en el triunfo de la inteligencia, productora del orden y hermana de la libertad. ¡Mío es el porvenir!, pasa cantando Ariel; ¡yo despertaré, para prepararlo, al "obrero interior" del pensamiento que revela su empuje divino ensanchando las bóvedas de las frentes humanas y que "en la organización social sabrá también engrandecer la capacidad de su escenario sin que para ello intervenga ninguna fuerza ajena a él mismo!"

II

Orden, jerarquía, autoridad moral cimentada sobre el espontáneo consentimiento de la sociedad: tales son las expresiones de Próspero. Concebir un ideal, engendrar una idea fuerza que tienda a realizarse a sí misma al ser pensada: he ahí el medio de acercarse al soñador arquetipo. Anidada en la inteligencia social, es decir, anticipada por el pensamiento de las selectas minorías, regirá desde allí la idea benéfica el desplazamiento de las fuerzas ocultas que gobiernan la sociedad, será el principio ordenador secreto al que obedecerá la geometría de las futuras formaciones. Domeñador del mal y de la barbarie primitivos, maestro de los hombres en el aprendizaje milenario de la historia, Ariel seguirá siendo el eterno vencedor. No insistamos en interrogar por qué ha de ser así, ni cómo ha de consumarse la victoria: "Basta que el pensamiento insista en ser, en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro". Poetas, pensadores: tened fe en las ideas que imponen su canon a las cosas

reales; recordad el símbolo de Vigny: "La botella arrojada al mar durante la tormenta y portadora del mensaje supremo de los náufragos; sacudida por los vientos, mecida por las olas sobre los abismos oceánicos, arribará algún día a la playa, salvando para el porvenir de los hombres el pensamiento imperecedero, irradiación inapagable de las extinguidas vidas humanas".

Su maestro por excelencia, más cauto, Rodó se lo reprocha, ideó confiar a una oligarquía de sabios, o al mismo Calibán regenerado, la misión de realizar los deseos del expirante Ariel. Rodó deja indeterminadas sus aspiraciones, y más aún los medios para lograrlas. ¿Cuál orden? ¿Qué jerarquía? ¿Cómo se avalúan y sancionan justamente las superioridades virtuosas o geniales? La más persistente de sus ideas, la fe en una fusión futura del espíritu clásico y el espíritu cristiano, la concepción de la igualdad templada así por un principio de selección, enriqueciendo la herencia helénica con el amor cristiano a los humildes y a los débiles, idea que pocos días antes de morir le dictó todavía el "Diálogo de bronce y mármol", concebido en el escenario renacentista de Florencia, adolece de ser una fórmula literaria, imprecisa y vaga. Es una aspiración al orden no concretada, la fórmula de una jerarquía oscilante dentro de la cual, en su fuero interno, concedía acaso la prioridad a los filósofos, a los artistas, a los héroes. Hubo un tiempo en el que todos descuidamos el sentido preciso de la letra para gozar la deliciosa sinfonía verbal que la acompaña. Rodó espera que la difusión de la cultura colmará sus aspiraciones de reforma de la democracia y de constitución de un orden jerárquico legítimo. El

tema cultural es uno de los centrales de su discurso. Aun en esto, sin embargo, buscaríamos en vano bases y puntos de partida, direcciones precisas, la señal clavada con firmeza en el arranque de la ruta necesaria. Postula que no se sacrifique el sentido desinteresado de la enseñanza, que se difundan por medio de ella la noción del orden, el respeto a las superioridades verdaderas, que se practique una educación integral que cincele las cuatro fases del alma. Allí donde se detuvo antes el pensamiento de sus guías, que son en este punto directamente Guyau y Feuillée, allí para también Rodó sin intentar siquiera enfocar con más precisión e intensidad el problema cultural de América. No ignora que el peligro de la especialización prematura de que hace caudal no es el más amenazante en estas teorías, donde vició la vida intelectual una cultura epidérmica y de aluvión, productora de oradores de plaza pública, donde el médico y el abogado ganan con el título profesional, patente de aptitud universal y de omnisciencia, donde pululan en las columnas del diarismo los improvisadores gárrulos y huecos. Ambicionaríamos tener motivos serios para repetir, una y otra vez, la cuerda admonición que nos precave contra los riesgos de la especialización excesiva. ¡Si poseyéramos algunos centros de trabajo intelectual intensivo para esculpir en lápidas marmóreas algunas de sus sentencias de corte humanista! “Cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad.” “Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores.” “Ser incapaz de ver de la naturaleza humana más que una faz, de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño

horadada por un solo rayo de luz." Verdades generales admirablemente enunciadas: pero Rodó, que habla a la juventud de América, nada añade de eficacia oportuna y concreta en relación a las condiciones presentes de la cultura de América.

No se engañaron los críticos de la primera hora que, como Clarín, de Ariel pusieron a la luz y destacaron la tendencia restauradora del sentimiento de tradición hispanoamericana. Rodó escribe para la magna patria que invocó ya en sus primeros artículos de la *Revista Nacional*. Lo hace sin desmentir su típica cautela y mesura. Pronuncia la palabra "americanismo", pero se guarda de aprisionarse en una fórmula estrecha y cristalizada. Ariel define su posición en esta materia con exquisita prudencia, con fino instinto de los matices. Americanismo, tradicionalismo, de quien es, ante todo, hombre. No forja ideas agresivas, ideas "picudas", como decía con gracia y llaneza andaluza Angel Ganivet, aquel hermano espiritual de Unamuno, demasiado pronto arrebatado a las letras, al flagelar el vicio hispánico de la declamación. Releed atentamente las páginas, tan comentadas, tan discutidas, como que tocan asunto de interés polémico y político, sobre la democracia de los Estados Unidos. No es el juicio rotundo y negativo de Renán, de Groussac, de Feuillée, de Eça de Queiroz, de Araquistain, de ninguno de los infinitos detractores del utilitarismo yanqui, Ramiro de Maeztu le ha reprochado en recientes artículos el no haber justipreciado el factor fuerza, poder, desconociendo la virtud del fecundo esfuerzo de conquista de utilidades materiales, de potencia que se trasmuta luego en lumbre espiritual. Rodó dice, realizando su decir con bien buriladas imágenes, que

“sin el brazo que nivela y construye no tendría paz la noble frente que piensa”; sabe que “la historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal”, que el lirio rojo de Florencia fue emblema de un pueblo también intensamente mercantil, que fue rica la Atenas que pagó los templos de Ictinos y las estatuas de Fidias. Su error radica en el uso de conceptos flotantes: realidad, idealidad, desinterés, utilidad... Tocqueville dice ingeniosamente que ciertos conceptos abstractos son como los vasos y cubiletes de doble fondo que emplean los prestidigitadores para sus juegos, sacando de ellos objetos diversos e inesperados. Rodó ve el error de crear oposiciones imaginarias entre términos que no se excluyen y quiere eludirlo. Uno de los sofismas pseudo idealistas más frecuentes es el de separar el reino de las cosas leves y aladas del bajo mundo de las materialidades groseras de la vida. En la altura, el círculo resplandeciente de las ideas puras, un universo de nobleza y de selección; en lo bajo, la tierra triste y despacible de la realidad. ¿Quién podría señalar un sentido antagónico a esas dos palabras, realidad e ideal? ¿Quién traza una línea divisoria entre las preocupaciones materiales y los afanes desinteresados? ¿Qué institución, qué doctrina, qué pueblo podría impulsar el progreso espiritual sin aliviar las miserias materiales, sin abalanzarse enérgicamente a la conquista de la riqueza? La recia y a veces tosca fortaleza del arbotante, rígido brazo de piedra, el cimiento hundido en la entraña de la tierra, sostienen y hacen posibles las delicadezas de los encajes de las torres, la esbeltez de los calados pináculos, los refulgentes fanales de los templos góticos. El fuego,

que es tibio abrigo del hogar, que cuece el alimento cotidiano, se deshace en alegres ascuas de oro, llena la casa de un aima de luz y destella en la lejanía, y acaso entre las nocturnas tinieblas sirve de guía a algún viajero extraviado. Reconoce Rodó que la obra del positivismo norteamericano "servirá a la causa de Ariel en último término", que le ha prestado ya esclarecidos servicios, y no es lógico entonces cuando, engañado por las palabras vagas, le reprocha "el excesivo cuidado del engrandecimiento material, numen de su civilización". Su pensamiento fluctúa muchas veces en torno de esas palabras indefinidas, vocablos cuyas cifras están ya borrosas e ilegibles.

No podría acusársele con justicia de ausencia de serenidad ecuánime. Distribuye con notorio deseo de equidad, elogios y censuras. Precave al lector contra la estrechez del juicio ajeno y advierte desde las primeras líneas que, si pretende poner valla a la "nordomanía" invasora, ello no importa caer en la negación absoluta. Si no da a su oración la forma del diálogo, podrían discriminarse en la unidad del discurso los argumentos alternos. Estampada una afirmación, se defiende contra las voces contradictorias, contra ese "maligno crítico que se complace, dentro de cada uno de nosotros, en destejer la tela de nuestra fe y de nuestro entusiasmo". Vuelve sobre la frase escrita, rectifica, concede, vacila. No es el arquero impetuoso que, mientras tiembla aún clavada en el blanco la flecha certera, tiende ya de nuevo el arco apuntando el dardo reiterador. Ariel no es una pieza más de la propaganda estentórea y batallona de los publicistas y tribunos de "la raza". Críticos norteamericanos, como Isaac Goldberg, prestan respetuoso

asenso a su proposición general, disintiendo en otras; en libros recientes que hablan de aquel país se exponen ideas que concuerdan singularmente con algunas de Ariel, enunciadas por esclarecidos representantes de la intelectualidad de Estados Unidos: leed en el reciente libro de Regis Michaud sobre Emerson, todo lo que se refiere al malestar intelectual y moral de las nuevas generaciones. Aún podríamos agregar que la misma sensación de insuficiencia y de vacío la tuvo Rodó, y se ahondó en sus últimos escritos, con respecto a la vida moderna, hija de la democracia. Prevenido contra Estados Unidos por "violencias recientes de su historia" no es mezquino en el homenaje que le rinde. Su afirmación de la personalidad autónoma de Hispano-América integra una fórmula fuerte y conciliadora, que remata una soberbia imagen de clásica estirpe: "América necesita mantener en el presente la dualidad original de su constitución que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo para que llegasen a un mismo tiempo al límite de sus dominios. Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la imitación unilateral, que diría Tarde, de una raza por la otra, sino a la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de las dos".

Mi predilección se vincula en esta materia a los libros informativos y veraces, no polémicos ni de compendiosos juicios globales, repletos de pequeños

hechos significativos que transmiten al lector, la sensación de lo visto y lo vivido, parcos en los juicios generales, pero de ningún modo desprovistos de algunos rellanos o miradores que de trecho en trecho sirvan para espaciar con amplitud, las miradas y ordenar los detalles de una visión de conjunto. Nada si no es el conocimiento directo de las cosas vale la multitud de sugerencias que dimana de los libros capitales de los grandes observadores de aquella enorme colmena humana: Tocqueville, afortunado descubridor ante la Europa monárquica del mundo democrático descrito en una auténtica obra maestra de filosofía social, algunos de cuyos capítulos quedan firmes, incommovibles, como piedras miliare; Bryce, tan rico en múltiples experiencias, en anotaciones sagaces, admirable tipo del observador y viajero inglés, curioso de todas las cosas; Bouthmy, analista agudo y magistral cuyo instrumento crítico fue templado en el laboratorio del gran historiador psicólogo de "Los orígenes de la Francia contemporánea"; secundariamente otros numerosos: Janet, Rousset, Bourget, al que Rodó leyó mucho... Falta a Rodó, y no me propongo iniciar paralelos infundados, la base firme del juicio y del criterio autónomos: el conocimiento directo de las cosas. Provisto de información de segunda mano y a todas luces deficiente, estaba condenado a pisar ajenas huellas, a interpretar hechos seleccionados por otros; y la selección importa por lo menos un comienzo de sentencia. Aconseja al fin, y es difícil contradecirle en esto, como que enuncia una verdad clarísima, rehuir la imitación inconsulta; pide a los pueblos de Hispano-América que no se conviertan en serviles tributarios de los Estados Unidos, que cultiven el senti-

miento de su dignidad personal, que sean verdaderamente personas colectivas conscientes de su valor propio y de su originalidad, o por lo menos de su capacidad de llegar a ser fuertemente originales, de alcanzar a conquistar una personalidad de acentuados rasgos en el concierto de los pueblos. La imitación desatentada es un género de abdicación. Si hemos de ser discípulos ¿quién lo pone en duda?, no sólo por jóvenes, sino por vivir, ya que aprendizaje sin tregua es la vida para los pueblos como para los hombres, frecuentemos todas las escuelas, sepamos discernir, adaptar, asimilar sólo lo bueno y lo útil. Y como Rodó sabe que la libertad interior y la originalidad no hemos de aspirar a conquistarlas en el aislamiento, sino franqueándonos a los influjos fecundadores que lleguen de los cuatro puntos del horizonte mundial, nada nos impide aceptar en esta parte el consejo de su Próspero.

¿Qué motivos determinan su expresión "aunque no les amo, les admiro"? Entre otros, un motivo estético. Su predilección íntima es por las civilizaciones occidentales, herederas directas de la cultura antigua. Al boceto tosco y enorme aun en el taller resonante del Cíclope forjador, prefiere la armoniosa guirnalda de las ciudades helénicas. Amor y admiración para ellas, cuya belleza estatuaría y estilizada es el encanto perenne de los contempladores. El soñado reino de Ariel en el futuro reproducirá muchos de sus caracteres. La civilización norteamericana, como la democracia, está lejos aún de su fórmula definitiva. ¿Cuál es la fórmula definitiva de una civilización? Sólo las civilizaciones extinguidas alcanzaron ya la fórmula definitiva de la muerte. Interpretemos que la norteamer-

ricana no ha alcanzado todavía su siglo de oro. Por mi parte pienso que es dudoso que los siglos de oro sean siempre los que presenten una estructura social más ajustada al plan ignoto de la justicia divina. El poder de irradiación artística, el valor de la cultura superior, son elementos que han de apreciarse al formular el juicio sobre una sociedad. Pero hay otros también fundamentales. Será, por ejemplo, más alta la que halla conseguido suprimir de su seno una mayor suma de sufrimiento innecesario, hacer partícipes de una proporción más grande de los beneficios de la civilización a "las masas", a las existencias necesariamente humildes y pequeñas, pero de valor absoluto dentro de nuestra concepción de la vida. Esta idea no es contradictoria con las enseñanzas de Próspero, pero no está destacada tampoco en el primer plano en que debiera estarlo.

Por tendencia ingénita de su espíritu concedió al motivo estético, no la exclusividad, pero sí la primacía en la determinación de los juicios. Juzgó de acuerdo con una norma prevalente de buen gusto la estructura social y la conducta individual. Resaltan las frases expresivas, troqueladas como finas medallas: "La emoción de belleza es el sentimiento de las idealidades como el esmalte del anillo"; "Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia"; "El que ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva media jornada para distinguir lo malo de lo bueno"; "Considerad al educado sentimiento de lo bello como el colaborador más eficaz en la formación de un delicado sentimiento de justicia". Así, sin ser un esteta indiferente al bien y a la verdad, valora la vida individual en relación preferentemente estética,

vislumbra como definitivo progreso de la moral, la creación de una estética de la conducta, siente la estética de la estructura social, y piensa que la perfección de la moralidad humana consistiría en verter el espíritu de caridad del cristianismo en los moldes de la elegancia griega.

Ariel no renueva los problemas referentes a la democracia con ideas originales; no suscita otros problemas nacidos de la reflexión honda sobre las realidades de América; no enfoca tampoco viejos problemas desde una perspectiva personal. Replantea problemas que inquietaron a los pensadores franceses. Dio a las minorías selectas de América la concepción de un alto patriotismo; remontando sobre los patriotismos parciales, pero no opuesta a ellos, y que no finca en el ciego culto del presente sino en el respeto a los blasones del pasado y en la confianza en el futuro. Les enseñó a querer la hora que pasa, sino por amor a ella, por amor al porvenir mejor que carga en sus grávidos flancos. Díjoles que no es preciso "desarraigarse" para ensanchar el horizonte ante sus ojos; que es mejor sentirse integrados en la armonía de un orden tradicional libertador. Si no golpeó en otros aspectos más concretos sobre los problemas vivos de América, afirmó con entereza la personalidad moral de nuestros pueblos en un momento de desaliento y de negación. Gratitud se le debe por ello. Doblemente, porque lo hizo en una fórmula de alta concordia continental y humana. Dejó sin concretarlo en formas políticas, y fue acierto notorio su americanismo: vínculo de tradición; vínculo (concepto más turbio y discutible) de raza; vínculo potentísimo del idioma, lazo de fraternidad indestructible. En todo caso su americanismo

fue el de un escritor de universal cultura que no pretende amurallar fronteras. Su misma obra, de resonancia prolongada e intensa en todo el mundo de habla hispánica, es un vínculo eficaz. Tiene tintes utópicos, es un ensueño de poeta, el orden social que columbró en el porvenir. Quien pretende aprisionar su pensamiento estrechamente corre, es verdad, riesgo de destruir su encanto gracioso sacando tan sólo los dedos manchados con el polvo de oro de las alas deshechas. Comentarle es enturbiarlo, ha dicho Zaldumbide; por lo menos exponerlo es como traducir en prosa un poema. Pero un bello y noble sueño nunca es del todo vano. ¡Cuántos escritores que sonríen de tales quimeras ambicionarían concebir una que los hiciera dignos de formar uno de los últimos eslabones de la cadena descendente de Platón! Si entre las obras de Rodó hubiera de elegir sólo una para que fuera salvada de un naufragio total como el que ha sepultado en eterno olvido tantas obras insignes del ingenio humano (recordad la parábola proteana de los mármoles sepultos), apartaría este Ariel, fruto de su juventud pensadora, impregnado de la influencia de sus maestros franceses y que consagró ante las juventudes americanas su propia vocación magistral; no sin una mirada de melancolía para sus mejores ensayos literarios, alzaría este libro breve y frágil como una flor, pero que como una flor también muestra las puras líneas de una simetría inimitable, tejido todo él de pensamientos brotados en un alma inspirada por una sonrisa de las Gracias.